

Pues bien, este hombre que pensaba y procedía así respecto á su familia, se indignó cuando la reputacion de Rochefort llegara á su colmo, y entró en la liza de las polémicas diarias con la inferioridad que le daba lo brutal de su carácter y la completa falta de ciencias y de letras. Rochefort habia dicho preciosas ingeniosidades de oposicion; y habia hecho vistosísimos escarceos de estilo. En una ocasion que la Emperatriz presidia el Consejo de ministros, puso bajo la noticia esta adición: «mañana presidirá Madame Pereire el consejo de administracion del crédito mobiliario.» Otro día exclamó: «yo soy dinástico, pero entre los Napoleones estoy por Napoleón II que no reinó jamás.» Otra vez que brindaban por Napoleón IV exclamó: «jamás consintiera Luis XIV brindar en su presencia por Luis XV.» Todos estos dichos eran agudos, felices, é iban directamente lanzados al corazón mismo del Imperio. Pedro Bonaparte no podía habérselas con los escritores de París, que le vencian verdaderamente en letras é ingenio. Pero desafió á polémica singular á los escritores de Córcega, á los propagandistas de la República. Llamólos cobardes Judas; traidores á su patria; dignos de ser arrojados al mar cosidos dentro de sacos en compañía de monos y serpientes; sacrílegos, oprobiosos, inmundos, ignorantes, libelistas de mala fé, caracoles rampantes, ínfimos folicularios, conjurando á los mozos de cordel de los mercados para que les persiguiesen á puntapiés y á los buenos patriotas de Córcega para que les echaran las tripas al viento.

Entre los párrafos curiosos, entre las extrañas ideas de semejante escrito, resalta como primero y más capital pensamiento el que sigue, de una expresion clara, y de una inmensa trascendencia. «Francia es más conocida por Napoleón, que Napoleón por Francia.» De suerte que la grande nacion, divulgadora de las ideas modernas, sólo es célebre por la gloria de ese corzo, que apenas merece

contarse en el número de sus hijos. Antiguos escritores, que ilustrásteis á un tiempo el nombre latino y el nombre francés; guerreros, que impedísteis la total desaparicion de la cultura clásica, y retardásteis el advenimiento del feudalismo; academias provenzales, donde fueron á instruirse en las artes del buen decir y en las cadencias de la rima hasta los poetas italianos; jóven y desgraciado filósofo, que abriste la conciencia humana al calor de la libertad; héroes de la caballería, fundadores de la nacion, atletas del Renacimiento, grandes prosistas que recordais el ingenio ateniense, grandes oradores sagrados, que teneis el fuego del cielo en vuestra solemne palabra; cómico inmortal, que con tu gracia y tu conocimiento del corazón humano, eres por tí solo un gran teatro; filósofos del sentido comun y de la Enciclopedia moderna, que obrásteis un cambio total en la vida del espíritu; tribunos de la revolucion, que difundísteis las ideas democráticas por el mundo; todos sois como si no fuérais en presencia de esa figura siniestra, de esa sombra gigantesca, que despues de haber destruido la República, y haber malogrado el trabajo de tantos siglos, deshonoró vuestra patria con su despotismo, mató á vuestros hijos con el veneno de su falsa gloria, pasó por mil campos de batalla, como un vapor, como una nube de sangre, sembrando la desolacion y la muerte, para estrellarse contra su propio orgullo, y dejar desmembrada y rota á la nacion que le entregara el depósito de su autoridad y el prestigio de su genio.

Esta idea del príncipe Pedro, reveló bien el desprecio profundo que sentia, no ya hácia los republicanos de Francia, sino hácia la nacion entera. Mas su sombrío carácter, sus bullidoras pasiones, su avieso genio, no le dejaban reposo alguno, y por consecuencia le llevaban á desahogarse en obras como en palabras. Ya lo decia él cuando demandaba con grandes instancias que le dejaran el ejercicio de la caza; entregarse á correr en espumoso

cáballo y vertiginosa carrera, á oír el estridente resonar del cuerno y el ladrido confuso de la jauría; á atravesar las selvas, husmeando los vapores de sangre y la palpitante presa en las agonías de la muerte; á todo cuanto fuese movimiento, combate, golpes, heridas, el espectáculo de la destruccion. Parecíase al feroz cazador de la leyenda alemana, cuya carrera por los infiernos nunca se concluía y resonaba perpétuamente, como la rueda de un molino gigantesco, sobre todo, allá por las inclementes noches del invierno, recordando el tormento de un condenado y la expiacion de un crimen.

Discreto historiador moderno lo ha comparado á Castrucci, noble de Luca, gibelino de partido, soldado de aventura, combatiente é incendiario en Francia, Inglaterra y Lombardía; vencedor de Montecatini; aquel, cuyos hierros y cuyos grillos rotos servian de bandera á los pueblos; ora en el destierro, ora en la dictadura; con príncipes por amigos, Césares por cómplices, y senadores por vasallos; siempre en la brecha, siempre en la pelea, como un rayo de la guerra, como un hijo de la tormenta; una de esas almas que podríamos llamar almas carniceras en la sociedad como hay animales carniceros en la naturaleza. Mas para ser Castrucci, le faltaba muchísimo á Pedro Bonaparte; y sobre todo le faltaba grandeza. Así combatía, pero era en lances personales; trabajaba, pero era en personales aventuras. La última de su tormentosa vida fué una de las principales causas de la ruina del Imperio. No se contentó con dirigir á los republicanos de Córcega, como antes hemos dicho, soeces injurias de taberna; dirigió al diputado y escritor Rochefort provocativos carteles de desafío. Veamos el fundamento de estos carteles. Era inevitable que los escritos del príncipe trajeran sangrientas represalias, por la naturaleza de las ofensas, y por la categoría del ofensor. Estas represalias llegaron, menudeando los artículos contra la familia de los Bonapartes;

y *La Marsellesa*, periódico diario con que Rochefort habia sustituido su folleto semanal *La Linterna*, reprodujo la ruidosa polémica. Al ver en pleno París los artículos publicados en Córcega, el príncipe sintió su antigua ira agolpársele con fuerza á la cabeza; sobrecitarle con furia el corazón. Así escribió estas insolentes palabras á Rochefort. «Si por casualidad consentís en descorrer los cerrojos protectores, que hacen vuestra persona dos veces inviolable, no me encontraréis ni en palacios ni en castillos. Habito buenamente el número cincuenta y nueve de la calle de Auteuil y puedo aseguraros que, si os presentais, no se os dirá que he salido.»

Los anales del duelo no presentan ejemplo de una provocacion semejante. Citar á un enemigo á su propio hogar, era cosa á la verdad nunca vista. ¿Había meditado un asesinato y se apresuraba á consumarlo? ¿Había querido constituirse en brazo vengador de las ofensas inferidas á la familia imperial? ¿Quería que le vomitasen nuevas injurias al rostro para justificar un crimen? Lo cierto es que, convocando el enemigo á su propio hogar, demostraba que tenia algun oculto propósito y que acariciaba algun grande atentado. Rochefort no se presentó personalmente; hizo lo que hacen los caballeros en tales casos: le envió dos padrinos.

Mientras esto sucedia con Rochefort, otro escritor trataba ya de provocar al príncipe. Era el provocador Pascual Groussét, corresponsal del periódico *La Revanche* de Córcega. Jóven conocidísimo por su inquieta ambicion, por sus grandes pretensiones, por su afán de figurar, por sus ingeniosos escritos en diversos periódicos, por su inmoderado deseo de dominar la fortuna, por su impaciencia de meter ruido y de llamar la atencion pública sobre su modesto nombre; encontrábase, como republicano, insultado por un príncipe de la sangre, por un miembro de la dinastía, por un Bonaparte; y terrible duelo

con este hombre y en aquellas circunstancias podía ser principio de verdadera nombradía. Cogió por los cabellos la ocasión que se le presentaba y mandó sus dos padrinos al príncipe Bonaparte.

Eran estos Ulrico de Fonvielle y Víctor Noir. El primero, bajo de estatura, nervioso de temperamento, republicano de arraigadísimas convicciones, uno de los mil que pelearon junto á Garibaldi en la expedición á Sicilia, soldado en los ejércitos del Norte de América, escritor en la prensa de París, pertenecía á los agitadores y revolucionarios de Francia. El segundo era un joven que comenzaba á escribir y que se atraía la atención por su carácter verdaderamente amable, por su bondad de sentimientos, por su gracia, por su cariño á la familia, á los amigos, por sus inagotables bondades. De veinte años apenas, de robusto temperamento, de fidelidad inquebrantable, llamábanle los suyos con el mote verdaderamente expresivo de perro de Terranova. Y en efecto, como esos perros que buscan á los extraviados en medio de los ventisqueros de los Alpes y á los naufragos en medio de las olas del Océano, Víctor Noir era todo corazón, todo sentimiento, todo amor, dispuesto siempre al sacrificio y teniendo la abnegación como una necesidad de su alma.

En aquel día, diez de Enero de mil ochocientos setenta, habíase levantado más alegre que nunca, y había departido largamente con su vieja ama de llaves sobre los preparativos de su próximo casamiento. Nada despidió para presentarse con dignidad en casa de un príncipe. Se puso su mejor traje, se cepilló con más esmero sus botas, encerró sus manos en finos guantes. Todo le sonreía, su juventud, sus recientes triunfos en la prensa, sus amistades con los jóvenes más célebres de París, su próximo enlace con la mujer de su preferencia, con la elegida de su corazón, con la esposa ya de su alma. Reuniéronse los dos padrinos y marcharon á la

casa del príncipe. Poco les hicieron aguardar y pronto los entraron en salón espacioso. La casa parecía un convento. Habitóla en otro tiempo el filósofo Helvecio y reunió en ella á cuantos se interesaban en el progreso de la ciencia. Tenía mucho de retiro, mucho de claustro.

Ya en el gran salón, Ulrico Fonvielle permaneció casi inmóvil, apoyado en el alfeizar de una ventana. Víctor Noir, al contrario, más joven, más alegre, más decididor, menos probado por los azares de la guerra y por los dolores de la vida, se miraba en los espejos para ver si hacía su traje alguna arruga, y descifraba cierta inscripción italiana puesta al pie de un retrato de la familia de los Bonapartes. De pronto el pestillo de una puerta que conducía á las habitaciones interiores del príncipe se descorre, y una sombra se dibuja. A pesar de haberse abierto la puerta no entró Pedro Bonaparte sin duda incierto é indeciso todavía entre su deber y su cólera. Por fin, apareció en la sala. Llevaba un traje de casa con anchos pantalones, en cuyos bolsillos tenía metidas ambas manos. Los dos jóvenes se inclinaron profundamente, y el príncipe apenas les respondió. Sin saludos, sin cumplidos de ninguna clase, dirigióse á ellos bruscamente con grande insolencia: y les preguntó con voz á un tiempo aflautada y ronca, si venían de parte de Rochefort. No, dijeron á una voz ambos jóvenes. Venimos de parte de Grousset. El príncipe, que esperaba á su grande enemigo, al blanco de todos sus odios, al objeto de todas sus cóleras, extrañó mucho la inesperada intervención de aquel nuevo personaje en su drama. Fonvielle le tendió la carta de Grousset en la cual decía este al príncipe que ó retractara sus artículos publicados en Córcega ó le diera satisfacción por las armas. El príncipe se dirigió á una ventana, leyó la carta, estrujóla un poco entre sus manos, la arrojó arrugada á un sillón, y se volvió á los padrinos.

«He provocado, dijo, á Rochefort, porque

es el porta-estandarte de la crápula. En cuanto á Grousset no tengo nada que responder. ¿Son Vds. por ventura solidarios de esos pillos?»

«Somos, respondió Víctor Noir, solidarios de nuestros amigos.»

Apenas habían resonado estas palabras, cuando el Príncipe Bonaparte, pálido como la muerte, porque toda la sangre se le había agolpado al corazón; ciego como la ira; con la espuma de la hiel en los labios; ágil como un tigre, dá un paso, alza la mano izquierda y la descarga sobre la mejilla de Noir, saca la mano derecha del bolsillo de su pantalón, y en ella una pistola amartillada, y á quemarropa le dirige sobre el infeliz y confiado joven.

Noir, herido de muerte, dió un salto, se apretó con ambas manos el pecho, derramó de sus ojos iluminados por súbito resplandor miradas supremas y reveladoras de su muerte, y salió casi de espaldas por la misma puerta por donde había entrado.

El asesino se lanzó entonces sobre Ulrico Fonvielle y le disparó á quemarropa otro tiro.

Entonces Ulrico asió fuertemente una pistola que llevaba en su bolsillo; y mientras que pugnaba por sacarla de su funda, el príncipe se adelantó en ademán de golpearle. Pero, viéndole armado, se echó sobre la puerta que conducía á las habitaciones interiores y apuntó á la cabeza del conmovido Ulrico. Este tuvo entonces un momento de lucidez y de prevision. Comprendió que si disparaba, le achacarian la agresión; y se lanzó á la puerta para salir de aquella caverna de horrores. El príncipe le disparó un segundo tiro, que llegó á traspasar su gaban, sin tocarle milagrosamente en el cuerpo. Al salir á la calle tropezó con Víctor Noir, que había tenido fuerzas bastantes para bajar la escalera y que había caído muerto en medio del arroyo. En este momento llegan en coche los dos padrinos de Rochefort y bajan, pero Fonvielle, derodillas en la calle, la una mano sobre el cuerpo de su amigo, y la otra señalando á la casa del príncipe, les grita. «No entreis; ahí se asesina á los hombres.»